

INTRODUCCIÓN A LOS LIBROS LOS PROFETAS Y AL LIBRO DE OSEAS

INTRODUCCIÓN A LOS LIBROS DE LOS PROFETAS

La Biblia hebrea agrupa los libros de Isaías, Jeremías, Ezequiel y el de los Doce Profetas bajo el título de «Profetas posteriores» y los coloca tras el conjunto Josué-Reyes, al que denomina «Profetas anteriores». La Biblia griega coloca los libros proféticos después de los Hagiógrafos, en un orden distinto del hebreo, y además variable; añade Lamentaciones y Daniel, que la Biblia hebrea colocaba en la última parte de su canon; e incluye textos que no se escribieron o no se conservan en hebreo: el libro de Baruc después de Jeremías, la Carta de Jeremías después de Lamentaciones, y las adiciones al libro de Daniel. En la Iglesia latina, la Vulgata ha conservado lo esencial de esta distribución, pero ha vuelto al orden hebreo, colocando a los doce «Profetas Menores» después de los cuatro «Mayores», y ha incorporado la carta de Jeremías al libro de Baruc, poniendo éste a continuación de Lamentaciones.

El profetismo.

En grados diversos y formas variables, las grandes religiones de la antigüedad tuvieron hombres inspirados que afirmaban hablar en nombre de su dios. En especial, entre los pueblos vecinos de Israel, se refiere un caso de éxtasis profético en Biblos en el siglo XI a.C.; hay pruebas de la existencia de videntes y profetas en Jamá del Orontes en el siglo VIII; y aparecen en varias ocasiones en Mari del Éufrates en el siglo XVIII a.C. En su forma y contenido, sus mensajes, dirigidos al rey, se parecen a los mensajes de los profetas más antiguos de Israel mencionados en la Biblia. Esta misma ofrece su testimonio sobre el vidente Balaán, llamado desde Aram por el rey de Moab, Nm 22-24, y los 450 profetas de Baal convocados por Jezabel de Tiro y humillados por Elías en el Carmelo, 1 R 18 19-40. Esto hace pensar inmediatamente en los 400 profetas consultados por Ajab, 1 R 22 5-12. Son, como los primeros, un grupo numeroso arrebatado por el éxtasis frenético, pero hablan en nombre de Yahvé. Y si bien en este caso era falsa su pretensión, es cierto que el Yahvismo antiguo reconoció la legitimidad de tal institución. Junto a Samuel aparecen hermandades de inspirados, 1 S 10 5; 19 20, y, en la época de Elías, 1 R 18 4, grupos de «hermanos profetas» mantienen relaciones con Eliseo, 2 R 2 3-18; 4 38s; 6 1s; 9 1, que luego desaparecen, salvo una alusión en Am 7 14. Excitados por la música, 1 S 10 5, estos profetas entraban en trance colectivo, que se contagiaba después a los asistentes, 1 S 10 10;

10 20-24, o bien remedaban acciones simbólicas, 1 R 22 11.

Se da un caso análogo cuando Eliseo recurre a la música antes de profetizar, 2 R 3 15. Más frecuentes son las acciones simbólicas en los profetas: por ejemplo, Ajas de Siló, 1 R 11 29s, también Isaías, Is 20 2-4, con frecuencia Jeremías, Jr 13 1s; 19 1s; 27 2s, y sobre todo Ezequiel, 4 1-5 4; 12 1-7.18; 21 23s; 37 15s. En el curso de estas acciones o fuera de las mismas, se conducen a veces de un modo extraño y pueden pasar por estados psicológicos anormales; pero estas manifestaciones extraordinarias nunca constituyen lo esencial en los profetas cuya actuación y palabras ha conservado la Biblia. Éstos se distinguen claramente de aquellos otros exaltados de las antiguas hermandades.

Llevan, sin embargo, el mismo nombre, nabî'. Aunque el verbo que de él se deriva, a causa del modo de ser de algunos «profetas», viene a significar «delirar» (1 S 18 10 y en otros pasajes), esta acepción derivada no prejuzga el sentido original del sustantivo. Éste, con toda probabilidad, deriva de una raíz que significaba «llamar, anunciar». El nabî' sería «el llamado», o bien «el que anuncia», y ambos sentidos expresan lo esencial del profetismo israelita. El profeta es un mensajero y un intérprete de la palabra divina. Así lo expresan claramente los dos pasajes paralelos de Ex 4 15-16: Aarón será el intérprete de Moisés como si fuera su «boca» y como si Moisés fuera «el dios que le inspira», y 7 1: Moisés será «un dios para Faraón» y Aarón será su «profeta», nabî'; con lo cual rima el dicho de Yahvé a Jeremías: «Mira que he puesto mis palabras en tu boca», Jr 1 9. Los profetas tienen conciencia del origen divino de su mensaje; lo presentan diciendo: «Así habla Yahvé», o «Palabra de Yahvé», o bien «Oráculo de Yahvé».

Esta palabra que les llega es más fuerte que ellos y no la pueden acallar: «Habla el Señor Yahvé, ¿quién no profetizará?», exclama Amós, 3 8, y Jeremías lucha en vano contra esta fuerza, Jr 20 7-9. En un momento de su vida, fueron llamados de modo irresistible por Dios, Am 7 15; Is 6, sobre todo Jr 1 4-10, y elegidos como mensajeros suyos, Is 6 8; y el comienzo de la historia de Jonás demuestra lo que costaba sustraerse a esta misión. Fueron enviados para manifestar la voluntad de Yahvé y ser ellos mismos «señales». No sólo sus palabras, sino también sus acciones, su vida, todo es profecía. El matrimonio real y desgraciado de Oseas es un símbolo, Os 1-3; Isaías ha de pasearse desnudo para servir de presagio, Is 20 3; él mismo y sus hijos son «señales prodigiosas», Is 8 18; la existencia de Jeremías es una enseñanza, Jr 16; y cuando Ezequiel ejecuta las extrañas órdenes de Dios, él mismo es una «señal para la casa de Israel», Ez 4 3; 12 6.11; 24 24.

El mensaje divino puede llegar al profeta de muchas maneras: en visión, como la de Is 6 o las de Ez 1, 2, 8, etc., Dn 8-12, Za 1-6, rara vez en visión nocturna, ver

OSEAS

Nm 12 6, como en Dn 7; Za 1 8s; por audición, pero las más de las veces por una inspiración interior (así pueden entenderse generalmente las fórmulas: «Yahvé me dirigió la palabra», «Palabra de Yahvé a...»), ya sea de improviso, ya con ocasión de una circunstancia trivial: la vista de una rama de almendro, Jr 1 11, o de dos cestos de higos, Jr 24, una visita al alfarero, Jr 18 1-4. El profeta transmite el mensaje recibido en formas igualmente variadas: en fragmentos líricos o relatos en prosa, en parábola o abiertamente, en el estilo sobrio de los oráculos, o también utilizando las formas literarias de la reprensión, de la diatriba, del sermón, de los pleitos, de los escritos de sabiduría o de los salmos cultuales, de las canciones amorosas, de la sátira, de la lamentación fúnebre...

Esta variedad en la recepción y expresión del mensaje depende en gran parte del temperamento personal y de las dotes naturales de cada profeta, pero encubre una identidad fundamental: todo verdadero profeta tiene viva conciencia de no ser más que un instrumento, de que las palabras que profiere son y no son suyas a la vez. Tiene la convicción inquebrantable de que ha recibido una palabra de Yahvé y que debe comunicarla. Esta convicción se funda en la experiencia misteriosa, digamos mística, de un contacto inmediato con Yahvé. Puede suceder, como se ha dicho, que este influjo divino provoque exteriormente manifestaciones «anormales», pero sólo se trata de algo accidental, como entre los grandes místicos. En cambio, como también sucede a los místicos, debemos afirmar que esta intervención de Dios en el interior del profeta coloca a éste en un estado psicológico «supranormal». Negarlo, sería rebajar el espíritu profético al rango de la inspiración del poeta, o de las ilusiones de los pseudo-inspirados.

El mensaje profético rara vez se dirige a un individuo, Is 22 15s; o lo hace en un contexto más amplio, Jr 20 6; Am 7 17. Hay que exceptuar al rey, que es jefe del pueblo: Natán con David, Elías con Ajab, Isaías ante Ajab y Ezequías, y Jeremías ante Sedecías; y también al sumo sacerdote, jefe de la comunidad al regreso del Destierro, Za 3. Pero, fuera de estas excepciones, lo que distingue a los grandes profetas, cuya obra conservamos, de sus predecesores en Israel y de sus similares en el medio oriental, es que su mensaje se dirige a todo el pueblo. En todos los relatos de vocación, el profeta es enviado al pueblo, Am 7 15; Is 6 9; Ez 2 3; incluso a todos los pueblos, como en el caso de Jeremías, Jr 1 10.

Su mensaje atañe al presente y al futuro. El profeta es enviado a sus contemporáneos, les transmite los deseos divinos. Pero, en cuanto intérprete de Dios, se halla por encima del tiempo, y sus «predicciones» vienen a confirmar y prolongar sus «predicaciones». Puede anunciar un acontecimiento próximo como señal cuya realización justificará sus palabras y su misión, 1 S 10 1s; Is 7 14; Jr 28 15s; 44 29-30; prevé el castigo como

sanción de las faltas que fustiga, la salvación como recompensa de la conversión que pide. Los profetas más recientes podrán recorrer el velo hasta los últimos tiempos, hasta el triunfo final de Yahvé, pero siempre resulta una enseñanzapara el presente. Sin embargo, como el profeta no es más que un instrumento, el mensaje que transmite puede rebasar las circunstancias en que se haya pronunciado y aun la conciencia misma del profeta, quedando envuelto en el misterio hasta que el porvenir lo haga explícito realizándolo.

Jeremías es enviado «para extirpar y destruir, para reconstruir y plantar». El mensaje profético presenta dos caras; es severo y consolador. Y no hay duda de que a menudo es duro, lleno de amenazas y de reproches, hasta tal punto que esta severidad puede aparecer como señal de la verdadera profecía, Jr 28 8-9, ver Jr 26 16-19; 1 R 22 8. Es que el pecado, obstáculo para los designios de Dios, obsesiona al profeta. Pero las perspectivas de salvación no se cierran nunca. El libro de la Consolación, Is 40-55, es una de las cumbres de la profecía, y no hay razón para cercenar de los profetas más antiguos los anuncios de alegría, que se encuentran ya en Am 9 8-15; Os 2 16-25; 11 8-11; 14 2-9. En el proceder de Dios para con su pueblo, gracia y castigo se complementan.

El profeta es enviado al pueblo de Israel, pero su horizonte es más vasto, como el poder de Yahvé, cuyas obras anuncia. Los grandes profetas tienen grupos de oráculos contra las naciones, Is 13-23; Jr 46-51; Ez 25-32. Amós comienza con el juicio contra los vecinos de Israel; Abdías profiere un oráculo sobre Edom; de Nahúm sólo tenemos un oráculo contra Ninive, a donde precisamente es enviado Jonás a predicar.

El profeta está seguro de hablar en nombre de Yahvé, pero ¿cómo reconocerán sus oyentes que es profeta auténtico? Porque existen falsos profetas, que aparecen con frecuencia en la Biblia. Pueden ser hombres sinceros que sufren ilusión o pueden ser simuladores, pero su comportamiento exterior no los distingue de los verdaderos profetas. Engañan al pueblo, y los verdaderos profetas tienen que polemizar contra ellos: Miqueas ben Yimlá contra los profetas de Ajab, 1 R 22 8s; Jeremías contra Ananías, Jr 28, o contra los falsos profetas en general, Jr 23; Ezequiel contra profetas y profetisas, Ez 13. ¿Cómo saber que el mensaje procede verdaderamente de Yahvé? ¿Cómo distinguir la verdadera profecía? Hay dos criterios, según la Biblia: el cumplimiento de la profecía, Jr 28 9; Dt 18 22 (y ver los textos arriba citados sobre el anuncio de próximos acontecimientos como «señales» de la verdadera profecía), pero sobre todo la conformidad de la enseñanza con la doctrina yahvista, Jr 23 22; Dt 13 2-6.

Los textos citados del Deuteronomio indican que la profecía era una institución reconocida por la religión oficial. A veces los profetas aparecen junto a los

sacerdotes, Jr 8 1; 23 11; 26 7s, etc.; Za 7 3, etc., y Jeremías nos informa de que en el Templo de Jerusalén había una «cámara de Ben Yojanán, hombre de Dios», probablemente un profeta. De estos hechos y de la semejanza de algunas de sus profecías con piezas litúrgicas, se ha sacado recientemente la conclusión de que los profetas, aun los mayores, habían formado parte del personal del santuario y desempeñado un papel en el culto. La teoría va mucho más allá que los textos en que se apoya, y basta con reconocer cierto vínculo entre los profetas y los centros de vida religiosa, así como una influencia de la liturgia sobre la composición de algunos de sus oráculos, sobre todo en Habacuc, Zacarías y Joel.

La idea fundamental que se desprende de la complejidad de los hechos y de los textos tocantes al profetismo parece ser ésta: el profeta es un hombre que tiene una experiencia inmediata de Dios, que ha recibido la revelación de su santidad y de sus deseos, que juzga el presente y ve el futuro a la luz de Dios y que es enviado por Dios para recordar a los hombres sus exigencias y llevarlos por la senda de la obediencia y de su amor. El profetismo así entendido, a pesar de las semejanzas que es posible destacar con fenómenos religiosos en otras religiones y entre los pueblos vecinos, es un fenómeno propio de Israel, uno de los procedimientos de la Providencia divina en la dirección del pueblo elegido.

El movimiento profético.

Siendo éstos el carácter y la función del profeta, no es de extrañar que la Biblia ponga a Moisés a la cabeza del linaje de los profetas, Dt 18 15.18, y le considere como el mayor de todos, Nm 12 6-8; Dt 34 10-12, pues ha conocido a Yahvé cara a cara, le ha hablado boca a boca y ha transmitido su Ley al pueblo. Jamás han faltado en Israel herederos de sus dones, empezando por su sucesor Josué, «en quien está el espíritu», Nm 27 18, ver Dt 34 9. En la época de los Jueces aparecen la profetisa Débora, Jc 4-5, y un profeta anónimo, Jc 6 8; luego surge la gran figura de Samuel, profeta y vidente, 1 S 3 20; 9 9; ver 2 Cro 35 18. Entonces se difunde el espíritu profético en grupos de inspirados, de cuyo extraño comportamiento se ha hablado más arriba, 1 S 10 5; 19 20; luego encontramos las comunidades más sensatas de «los hermanos profetas», 2 R 2, etc. Estas hermandades no tardan en desaparecer, pero hasta después del regreso del Destierro la Biblia habla de profetas en plural, Za 7 3. Fuera de estas comunidades, cuyo influjo sobre la vida religiosa del pueblo no es posible precisar, aparecen personalidades destacadas: Gad, profeta de David, 1 S 22 5; 2 S 24 11; Natán, con el mismo rey, 2 S 7 2s; 12 1s; 1 R 1 11s; Ajías en tiempo de Jeroboán, 1 R 11 29s; 14 2s; Jehú, hijo de Jananí, en tiempo de Basá, 1 R 16 7; Elías y Eliseo en tiempo de Ajab y sus sucesores, 1 R 17 a 2 R 13 passim; Jonás en tiempo de

Jeroboán II, 2 R 14 25; la profetisa Juldá en tiempo de Josías, 2 R 22 14s; Urias en tiempo de Joaquín, Jr 26 20. Los libros de las Crónicas añaden a esta lista: Semaías en tiempo de Roboán, 2 Cro 12 5s; Idó en tiempo de Roboán y Abías, 2 Cro 12 15; 13 22; Azarías en tiempo de Asá, 2 Cro 15 1s; Oded en tiempo de Ajaz, 2 Cro 28 9s, y algunos anónimos.

Sólo por alusiones conocemos a la mayoría de estos profetas. Sin embargo, hay algunas figuras de más relieve. Natán anuncia a David la permanencia de su dinastía, en la que Yahvé se complace; es el primer eslabón de las profecías, que luego irán precisándose, sobre el Mesías hijo de David, 2 S 7 1-17. Pero el mismo Natán reprende con vehemencia a David por su pecado con Betsabé y, en vista de su arrepentimiento, le asegura el perdón de Dios, 2 S 12 1-25. Estamos especialmente informados sobre Elías y Eliseo por los relatos de los libros de los Reyes. En un momento en que la invasión de los cultos extranjeros hacía peligrar la religión de Yahvé, Elías se alza como el campeón del verdadero Dios y logra en la cumbre del Carmelo una brillante victoria sobre los profetas de Baal, 1 R 18. Su encuentro con Dios en el Horeb, donde se había pactado la alianza, le relaciona directamente con Moisés, 1 R 19. Elías, defensor de la fe, lo es también de la moral, y fulmina la condenación divina contra Ajab, que ha asesinado a Nabot para quitarle su viña, 1 R 21. Su fin misterioso, 2 R 2 1-18, envuelve en un halo su figura, que no ha dejado de agrandarse en la tradición judía. Al contrario de Elías, profeta solitario, Eliseo se inmiscuye mucho en la vida de su tiempo. Interviene en el curso de la guerra moabita, 2 R 3, y de las guerras arameas, 2 R 6-7, juega un papel en la usurpación de Jazael en Damasco, 2 R 8 7-15, y en la de Jehú en Israel, 2 R 9 1-3, le consultan los grandes, como Joás de Israel, 2 R 13 14-19, Ben Hadad de Damasco, 2 R 8 7-8, Naamán el sirio, 2 R 5. Mantiene también relaciones con los grupos de «hermanos profetas», que referían de él historias maravillosas, 2 R 4 1-7.38-44; 6 1-7.

Más completa información tenemos naturalmente de los profetas canónicos, y presentaremos a cada uno de ellos a propósito del libro que lleva su nombre. Baste con indicar aquí su lugar en el movimiento profético y exponer las novedades que suponen en relación con la época precedente. Intervienen en los periodos de crisis que preceden o acompañan a los momentos capitales de la historia nacional: la amenaza asiria y la ruina del reino del Norte; la ruina del reino de Judá y la salida para el Destierro; el fin del Destierro y el regreso. No se dirigen al rey, sino al pueblo; y, porque su mensaje tiene este alcance general, se conserva por escrito y sigue operando. El primero entre estos profetas, Amós, ejerce su ministerio a mediados del siglo VIII a.C., unos cincuenta años después de la muerte de Eliseo, y el gran movimiento profético durará hasta el Destierro, menos de dos siglos. Éstos

OSEAS

están dominados por las extraordinarias figuras de Isaías y Jeremías, pero en los cuales también se sitúan Oseas, Miqueas, Nahúm, Sofonías y Habacuc. El final del ministerio de Jeremías coincide con los comienzos de Ezequiel. No obstante, con este profeta del Destierro hay un cambio de tono: menos fuego y espontaneidad, visiones grandiosas, pero complicadas, descripciones minuciosas, preocupación cada vez mayor por los últimos tiempos, en una palabra, rasgos que anuncian la literatura apocalíptica. Con todo, la gran corriente isaiana se perpetúa entonces, enriquecida, en el libro de la Consolación, Is 40-55. Los profetas de la vuelta del Destierro, Ageo y Zacarías, tienen un horizonte más limitado: su interés se concentra en la restauración del Templo. Tras ellos, Malaquías subraya los defectos de la nueva comunidad. Luego, el librito de Jonás, que preludia el género midrásico, utiliza las Escrituras antiguas para una enseñanza nueva. La vena apocalíptica, abierta por Ezequiel, brota de nuevo en Joel y en la segunda parte de Zacarías. E invade el libro de Daniel, donde las visiones del pasado y del futuro se conjugan en un cuadro intemporal de la destrucción del Mal y del advenimiento del Reino de Dios. En este momento, la gran inspiración profética parece agotada, se apela a los «profetas de antaño», Dn 9 6.10, ver ya Za 7 7.12; y Za 13 2-6 prevé la desaparición de la institución profética comprometida por los falsos profetas. Pero Jl 3 1-5 anuncia una efusión del Espíritu en los tiempos mesiánicos. Ésta se realizará en Pentecostés, según Hch2 16s. Trátase, en efecto, del comienzo de la nueva era inaugurada por la predicación de Juan el Bautista, el último de los profetas de la antigua Ley, «profeta y más que profeta», Mt 11 9; Lc 7 26.

La doctrina de los profetas.

Los profetas han desempeñado un papel considerable en el desarrollo religioso de Israel. No sólo han mantenido y guiado al pueblo por la senda del Yahvismo auténtico, sino que han sido los órganos principales del progreso de la Revelación. En esta actividad polifacética, cada uno ha desempeñado su propia función y ha aportado su piedra al edificio doctrinal. Sin embargo, sus contribuciones se conjugan y se combinan siguiendo tres líneas maestras, precisamente las mismas que caracterizan la religión del AT: el monoteísmo, el moralismo y la espera de la salvación.

El monoteísmo. Sólo paulatinamente había llegado Israel a una definición filosófica del monoteísmo: afirmación de la existencia de un Dios único, negación de la existencia de cualquier otro dios. Por mucho tiempo se había aceptado la idea de que los demás pueblos tenían otros dioses, pero esto no causaba preocupación: Israel sólo reconocía a Yahvé, que era el más poderoso de los dioses y exigía un culto exclusivo. El paso de esta conciencia y de esta práctica

monoteísta a una definición abstracta fue fruto de la predicación de los profetas. Cuando el más antiguo de ellos, Amós, presenta a Yahvé como al Dios que impera sobre las fuerzas de la naturaleza y es el dueño de los hombres y de los acontecimientos, se limita a evocar verdades antiguas, que dan todo su valor a las amenazas que profiere. Pero el contenido y las consecuencias de esta fe antigua van afirmándose cada vez con mayor claridad. La revelación del Dios del Sinaí había sido vinculada a la elección del pueblo y a la conclusión de la Alianza, y en consecuencia Yahvé aparece como el Dios propio de Israel, vinculado a la tierra y a los santuarios de Israel. Sin dejar de subrayar enérgicamente los vínculos que unen a Yahvé con su pueblo, los profetas muestran que también dirige los destinos de los demás pueblos, Am 9 7. Él juzga a los pequeños Estados y a los grandes Imperios, Am 1-2 (y todas las profecías contra las naciones), les otorga y les retira el poder, Jr 27 5-8, los toma como instrumentos de su venganza, Am 6 11; Is 7 18-19; 10 6; Jr 5 15-17, pero los frena cuando quiere, Is 10 12. Sin dejar de proclamar que la tierra de Israel es la de Yahvé, Jr 7 7, y que el Templo es su morada, Is 6; Jr 7 10-11, predicen la destrucción del santuario, Mi 3 12; Jr 7 12-14; 26; y Ezequiel ve cómo la gloria de Yahvé abandona Jerusalén, Ez 10 18-22; 11 22-23.

Yahvé, dueño de toda la tierra, no deja espacio para otros dioses. Los profetas, luchando contra el influjo de los cultos paganos y las tentaciones de sincretismo que ponían en peligro la fe de Israel, afirman la impotencia de los falsos dioses y la vanidad de los ídolos, Os 2 7-15; Jr 2 5-13. 27-28; 5 7; 16 20. Durante el Destierro, cuando el derrumbamiento de las esperanzas nacionales podía suscitar dudas sobre el poder de Yahvé, la polémica contra los ídolos se hace más incisiva y racional en el Deutero-Isaías, Is 40 19-20; 41 6-7.21-24; 44 9-20; 46 1-7; ver Jr 10 1-16, y más tarde en la carta de Jeremías (= Ba 6) y Dn 14. A esta crítica se contraponen la expresión triunfante del monoteísmo absoluto, Is 44 6-8; 46 1-7.9.

Este Dios es trascendente, y los profetas expresan precisamente esta trascendencia sobre todo al decir que Dios es «santo», uno de los temas favoritos de la predicación de Isaías, Is 6 y otros muchos pasajes: 1 4; 5 19.24; 10 17.20, etc., pero también Os 11 9; Is 40 25; 41 14.16.20, etc.; Jr 50 29; 51 5; Ha 1 12; 3 3. Está rodeado de misterio, Is 6; Ez 1, infinitamente por encima de los «hijos de hombre», expresión que Ezequiel repite hasta la saciedad para subrayar la distancia que separa al profeta de su interlocutor divino. Y sin embargo, está muy cerca por la bondad, por la ternura misma que demuestra a su pueblo, especialmente en Oseas y Jeremías, con la alegoría del matrimonio entre Yahvé e Israel, Os 2; Jr 2 2-7; 3 6-8, ampliamente desarrollada por Ezequiel, Ez 16 y 23.

El moralismo. A la Santidad de Dios se opone la impureza del hombre, Is 6 5, y por este contraste los

profetas adquieren una aguda conciencia del pecado. Si el monoteísmo no era ninguna innovación, tampoco lo fue este moralismo, inscrito ya en el Decálogo, motivo de la intervención de Natán ante David, 2 S 12, de Elías ante Ajab, 1 R 21. Pero los profetas canónicos vuelven constantemente a lo mismo: el pecado es lo que separa al hombre de Dios, Is 59 2. El pecado, en efecto, es un atentado contra el Dios de Justicia (Amós), contra el Dios de Amor (Oseas), contra el Dios de Santidad (Isaías). En cuanto a Jeremías, se puede decir que el pecado ocupa el centro de su visión: se extiende a toda la nación, que parece corrompida definitivamente, incapaz de conversión, Jr 13 23. Este desbordamiento del mal reclama el castigo de Dios, el gran juicio del «Día de Yahvé», Is 2 6-22; 5 18-20; Os 5 9-14; Jl 2 1-2; So 1 14-18; y el anuncio de la desgracia es para Jeremías un distintivo de la verdadera profecía, Jr 28 8-9. El pecado, que es pecado de la masa, reclama esta sanción colectiva; con todo, la idea de la retribución individual comienza a aparecer en Jr 31 29-30 (ver Dt 24 16) y se afirma en Ez 18, ver 33 10-20.

Pero lo que se llama «monoteísmo ético» de los profetas no es un antilegalismo. Su moralismo está basado en el derecho promulgado por Dios que se infringe o es pasado por alto; ver, por ejemplo, el discurso de Jr 7 5-10 y sus relaciones con el Decálogo. Paralelamente la concepción de la vida religiosa gana en profundidad. Para escapar al castigo hay que «buscar a Dios», Am 5 4; Jr 50 4; So 2 3, es decir, precisa Sofonías, hay que cumplir sus mandamientos, caminar en rectitud, vivir en humildad, ver Is 1 17; Am 5 24; Os 10 12; Mi 6 8. Lo que Dios pide es una religión interior, que para Jeremías es una condición de la Alianza nueva, Jr 31 31-34. Este espíritu debe animar toda la vida religiosa y las manifestaciones exteriores del culto, y los profetas protestan contra un ritualismo ajeno a toda preocupación moral, Is 1 11-17; Jr 6 20; Os 6 6; Mi 6 6-8. Pero presentarlos como adversarios del culto en sí mismo es falsear la verdad; el culto y el templo serán las preocupaciones más importantes para Ezequiel, Ageo y Zacarías.

La espera de la Salvación. Sin embargo, el castigo no es la última palabra de Dios, que no quiere la ruina total de su pueblo, sino que, a pesar de todas las apostasías, prosigue la realización de sus promesas. Dios reservará un «Resto», Is 4 3+. La noción que aparece en Amós, 5 15, evoluciona y se precisa en sus sucesores. En la visión de los profetas, los dos planos del castigo inminente y del juicio postrero de Dios se superponen, y el «Resto» es a la vez el que se librará del peligro presente y se beneficiará de la salvación final. Ambos planos se distinguen por el desarrollo de la historia: después de cada prueba, el Resto es el grupo que ha sobrevivido; los habitantes que quedaron en Israel o Judá después de la caída de Samaria o la invasión de Senaquerib, Am 5 15; Is 37 31-32; los

desterrados en Babilonia tras la ruina de Jerusalén, Jr 24 8; la comunidad que vuelve a Palestina después del Destierro, Za 8 6.11.12; Esd 9 8.13-15. Pero ese grupo es al mismo tiempo, en cada época, el germen, el vástago de un pueblo santo al que está prometido el futuro, Is 11 10; 37 31; Mi 4 7; 5 6-7; Ez 37 12-14; Za 8 11-13.

Será una era de felicidad inaudita; los dispersos de Israel y de Judá, Is 11 12-13; Jr 30-31, volverán a Tierra Santa, que será prodigiosamente próspera, Is 30 23-26; 32 15-17; y el pueblo de Dios se vengará de sus enemigos, Mi 4 11-13; 5 6-8. Pero estas perspectivas de prosperidad y poder materiales no constituyen lo esencial; simplemente acompañan al advenimiento del Reino de Dios. Y éste supone un clima espiritual: justicia y santidad, Is 29 19-24, conversión interior y perdón divino, Jr 31 31-34, conocimiento de Dios, Is 2 3; 11 9; Jr 31 34, paz y gozo, Is 2 4; 9 6; 11 6-8; 29 19. Para establecer y regir su reino sobre la tierra, el rey Yahvé tendrá un representante al que la unción le hará su vasallo: será el «ungido» de Yahvé, en hebreo su «mesías». Será un profeta, Natán, quien al prometer a David la permanencia de su dinastía, 2 S 7, formule la primera expresión de este mesianismo real, cuyo eco se encuentra en ciertos Salmos, ver Introducción. Sin embargo, los fracasos y la mala conducta de la mayoría de los sucesores de David pareció que daba un mentís a ese mesianismo «dinástico», y la esperanza se concentró en un rey particular cuya venida se esperaba en un futuro próximo o lejano. Éste es el salvador que vislumbran los profetas, especialmente Isaías, pero también Miqueas y Jeremías. El Mesías (ahora sí se puede emplear la mayúscula) será del linaje de David, Is 11 1; Jr 23 5 = 33 15, y como él, saldrá de Belén-Efratá, Mi 5 1. Recibirá los títulos más grandiosos, Is 9 5, y el Espíritu de Yahvé reposará en él con todo el cortejo de sus dones, Is 11 1-5. Para Isaías, él es el Emmanuel, «Dios con nosotros», Is 7 14; para Jeremías, Yahvé sidqenû, «Yahvé, justicia nuestra», Jr 23 6, dos nombres que resumen el genuino ideal mesiánico.

Esta esperanza sobrevivió al derrumbamiento de los sueños del dominio terrestre y a la dura lección del Destierro, pero las perspectivas sufrieron un cambio. A pesar de las esperanzas puestas por unos momentos en el davidida Zorobabel por Ageo y Zacarías, el mesianismo real sufrió un eclipse: ningún descendiente de David se sentaba ya en el trono e Israel se encontraba sometido a dominación extranjera. Bien es verdad que Ezequiel espera la venida de un nuevo David, pero le llama «príncipe» y no «rey», y lo describe como mediador y pastor más que como soberano poderoso, Ez 34 23-24; 37 24-25; Zacarías anunciará la venida de un rey, pero éste será humilde y pacífico, Za 9 9-10. Para el Segundo Isaías, el Ungido de Yahvé no es un rey davidico, sino el rey de Persia, Ciro, Is 45 1, instrumento de Dios para la liberación

OSEAS

de su pueblo; y el mismo profeta introduce otra figura de salvador, el Siervo de Yahvé, que es maestro de su pueblo y luz de las naciones, y que predica con toda dulzura el derecho de Dios; no tendrá figura humana, será rechazado por los suyos, pero les conseguirá la salvación al precio de su propia vida, Is 42 1-7; 49 1-9; 50 4-9, y principalmente 52 13-53 12. Finalmente, Daniel ve venir sobre las nubes del cielo como un Hijo de hombre, que recibe de Dios el imperio sobre todos los pueblos, un reino que no pasará, Dn 7. Hubo, sin embargo, un rebrote de la antigua corriente: en visperas de nuestra era, la espera de un Mesías gozaba de amplia difusión, pero ciertos ambientes esperaban también a un Mesías sacerdotal, y otros a un Mesías trascendente.

La primera comunidad cristiana refirió todos estos pasajes proféticos a Jesús, quien concilió en sí mismo sus divergencias. Él es el Salvador, el Cristo, es decir, el Mesías, descendiente de David, nacido en Belén, el Rey pacífico de Zacarías y el Siervo doliente del Segundo Isaías, el niño Emmanuel anunciado por Isaías y también el Hijo del hombre de origen celeste, contemplado por Daniel. Pero estas referencias a los antiguos anuncios no deben ocultar la originalidad de este mesianismo cristiano, que se desprende de la persona y de la vida de Jesús. Él ha realizado las profecías, pero rebasándolas, y él mismo ha repudiado la noción política tradicional del mesianismo real.

Los libros de los profetas.

Se llama comúnmente «profetas escritores» a aquellos a quienes se les atribuye un libro en el canon de la Biblia. Lo que queda dicho respecto del ministerio profético muestra que tal denominación es inexacta: el profeta no es un escritor; es ante todo un orador, un predicador. El mensaje profético en su origen es hablado, pero debemos explicar cómo se ha pasado de la palabra hablada al libro escrito.

En estos libros encontramos tres clases de elementos: 1.º «dichos proféticos», oráculos en los que unas veces es el propio Yahvé quien habla, otras el profeta en nombre de Yahvé, o bien trozos poéticos que contienen una enseñanza, un anuncio, una amenaza, una promesa...; 2.º relatos en primera persona en los que el profeta refiere su experiencia, en especial su vocación; 3.º relatos en tercera persona, que narran acontecimientos de la vida del profeta o las circunstancias de su ministerio. Pueden entremezclarse estos tres géneros y frecuentemente ocurre que los relatos intercalan oráculos o discursos.

Los pasajes en tercera persona indican un redactor distinto del profeta. Tenemos un claro testimonio de esto en el libro de Jeremías. El profeta dictó a Baruc, Jr 36 4, todas las palabras que había pronunciado en nombre de Yahvé desde hacía veintitrés años, ver Jr 25 3. Habiendo quemado el rollo el rey Joaquín, Jr 36 23, un nuevo rollo fue escrito por el mismo Baruc, Jr 36

32. La relación de estos hechos sólo puede provenir del mismo Baruc, a quien, en consecuencia, se atribuirán también los relatos biográficos subsiguientes, Jr 37-44, que de hecho concluyen con una palabra de consuelo dirigida a Baruc por Jeremías, Jr 45 1-5. Incidentalmente, se nos dice que en el segundo rollo de Baruc «se añadió a aquéllas (palabras) otras muchas por el estilo» (añadidas por Baruc o por otros), Jr 36 32.

Circunstancias análogas pueden explicar la composición de otros libros. Es probable que los mismos profetas hayan escrito o dictado una parte de sus profecías o el relato de sus experiencias, ver Is 8 1; 30 8; Jr 30 2; 51 60; Ez 43 11; Ha 2 2. Una parte de esta herencia ha podido también conservarse fielmente por mera tradición oral entre los que rodeaban a los profetas o entre sus discípulos (parece haber una alusión a los de Isaías, Is 8 16). Estos mismos medios conservaban recuerdos de la vida de cada profeta, y tales recuerdos incluían también oráculos, por ejemplo, las tradiciones sobre Isaías reunidas en los libros de los Reyes, 2 R 18- 20, y de allí trasladadas al libro de Isaías, Is 36-39, o bien el relato del conflicto entre Amós y Amasías, Am 7 10-17.

Partiendo de estos elementos, se han formado colecciones que reúnen los oráculos del mismo estilo o los trozos que tratan de un mismo tema (por ejemplo los oráculos contra las naciones de Isaías, Jeremías y Ezequiel), o que contrarrestan los anuncios de infortunio con promesas de salvación (por ejemplo Miqueas). Estos escritos han sido leídos y meditados, y han contribuido a perpetuar las corrientes espirituales emanadas de los profetas; los contemporáneos de Jeremías citan una profecía de Miqueas, Jr 26 17-18; es frecuente la alusión a los antiguos profetas, Jr 28 8, y como un estribillo en Jr 7 25; 25 4; 26 5, etc.; luego en Za 1 4-6; 7 7.12; Dn 9 6.10; Esd 9 11. En los medios fervorosos que alimentaban su fe y su piedad con las profecías, los libros de los profetas seguían siendo algo vivo, y lo mismo que en el rollo de Baruc, Jr 36 32, «se añadió a aquéllas (palabras) otras muchas por el estilo» por inspiración de Dios, para adaptarlas a las necesidades presentes del pueblo o para enriquecerlas, en algunos casos, como veremos en los libros de Isaías y Zacarías, tales adiciones pudieron ser extensas. Al hacer esto, los herederos de los profetas tenían la convicción de que preservaban y hacían fructificar el tesoro que de ellos habían recibido.

Los libros de los cuatro profetas «Mayores» se colocan en el canon conforme a su orden cronológico, que es el que seguiremos. La distribución de los doce Profetas «Menores» es más arbitraria. Intentaremos presentarlos también por orden cronológico en cuanto sea posible.

Los Doce Profetas.

El último libro del canon hebreo de los Profetas se denomina simplemente «los Doce». Agrupa, en efecto, doce opúsculos atribuidos a diferentes profetas. La Biblia griega lo titula el «Dodecaprofetón». La Iglesia cristiana lo considera como la colección de los doce Profetas Menores, título que indica la brevedad de los libros y no un valor inferior a la de los profetas «mayores». La colección se hallaba ya formada en la época del Eclesiástico, Si 49 10. La Biblia hebrea, seguida por la Vulgata, coloca estos opúsculos según el orden histórico que la tradición les atribuía. La colocación es algo distinta en la Biblia griega, que además los pone delante de los Profetas Mayores.

La traducción sigue la disposición tradicional de la Vulgata (y del hebreo), pero aquí presentamos los libros según el orden histórico más probable.

Amós.

Amós era pastor en Técoa, en el límite del desierto de Judá, 1 1. Extraño a las hermandades de profetas, fue tomado por Yahvé de detrás de su rebaño y enviado a profetizar a Israel, 7 14. Tras un corto ministerio que tuvo como marco principal el santuario cismático de Betel, 7 10s, y que probablemente también se ejerció en Samaría, ver 3 9; 4 1; 6 1, fue expulsado de Israel y volvió a sus antiguas ocupaciones.

Predica en el reinado de Jeroboán II, 783-743, época gloriosa humanamente hablando, en la que el reino del Norte se extiende y enriquece, pero en la que el lujo de los grandes es un insulto para la miseria de los oprimidos, mientras que el esplendor del culto encubre la ausencia de una religión verdadera. Con la rudeza sencilla y noble, y con la riqueza de las imágenes de un hombre del campo, Amós condena en nombre de Dios la vida corrompida de las ciudades, las injusticias sociales, la falsa seguridad que se pone en ritos en que el corazón no se compromete, 5 21-22. Yahvé, soberano Señor del mundo, que castiga a todas las naciones, 1-2, castigará duramente a Israel, obligado por su elección a una mayor justicia moral, 3 2. El «Día de Yahvé» (expresión que aparece aquí por vez primera) será tinieblas y no luz, 5 18s; la venganza será terrible, 6 8s, ejecutada por un pueblo llamado por Yahvé, 6 14: Asiria, que, sin ser nombrada, ocupa, sin embargo, el horizonte del profeta. Con todo, Amós abre una pequeña esperanza, la perspectiva de una salvación para la casa de Jacob, 9 8, para el «resto» de José, 5 15 (primer empleo profético de este término). Esta profunda doctrina acerca de Yahvé, dueño universal y omnipotente, defensor de la justicia, se expresa con una seguridad absoluta, siempre como si el profeta no dijera nada nuevo: su novedad reside en la fuerza con que recuerda las exigencias del Yahvismo puro.

El libro nos ha llegado con cierto desorden; en particular el relato en prosa, 7 10-17, que separa dos

visiones, estaría mejor colocado al final de los oráculos. Se puede dudar sobre la atribución al mismo Amós de algunos cortos pasajes. Las doxologías, 4 13; 5 8-9; 9 5-6, quizá hayan sido añadidas para la lectura litúrgica. Los breves oráculos contra Tiro y Edom, 1 9-12, y Judá, 2 4-5, parecen datar del Destierro. Se discute más acerca de 9 8^b-10, y sobre todo de 9 11-15. No hay razón seria para sospechar del primero de estos pasajes, pero es probable que el segundo haya sido añadido; y esto no por razón de las promesas de salvación que contiene y que, desde un principio, fueron el tema de la predicación de los profetas, lo mismo aquí, 5 15, que en su contemporáneo Oseas; pero lo que se dice de la cabaña vacilante de David, de la venganza contra Edom, de la vuelta y restablecimiento de Israel, supone la época del Destierro y puede atribuirse, con algunos otros retoques, a una edición deuteronomista del libro.

Oseas.

Oriundo del reino del Norte, Oseas es contemporáneo de Amós, ya que comenzó a predicar bajo Jeroboán II; su ministerio se prolongó bajo los sucesores de aquel rey; pero no parece que haya visto la ruina de Samaría el 721. Fue un período sombrío para Israel: conquistas asirias de 734-732, revueltas interiores, cuatro reyes asesinados en quince años, corrupción religiosa y moral.

De la vida de Oseas durante este turbulento período sólo conocemos su drama personal, 1-3, que fue decisivo para su acción profética. Se discute el sentido de estos primeros capítulos. He aquí la interpretación más probable: Oseas se había casado con una mujer a la que amaba y que le abandonó, pero siguió amándola y la volvió a tomar después de ponerla a prueba. La dolorosa experiencia del profeta se convierte en símbolo de la conducta de Yahvé con su pueblo, y la conciencia de este simbolismo bien pudo modificar la presentación de los hechos. El cap. 2 hace la aplicación y da al mismo tiempo la clave de todo el libro: Israel, con quien Yahvé se ha desposado, se ha conducido como una mujer infiel, como una prostituta, y ha provocado el furor y los celos de su esposo divino. Éste sigue queriéndola y si la castiga es para traerla a sí y devolverle el gozo de su primer amor.

Con una audacia que sorprende y una pasión que impresiona, el alma tierna y violenta de Oseas expresa por vez primera las relaciones de Yahvé y de Israel con terminología de matrimonio. Todo su mensaje tiene como tema fundamental el amor de Dios despreciado por su pueblo. Salvo un corto idilio en el desierto, Israel no ha respondido a las insinuaciones de Yahvé más que con la traición. Oseas arremete sobre todo contra las clases dirigentes de la sociedad. Los reyes, elegidos contra la voluntad de Yahvé, han degradado con su política mundana al pueblo elegido hasta el rango de los demás pueblos. Los sacerdotes,

OSEAS

ignorantes y rapaces, llevan al pueblo a su ruina. Igual que Amós, Oseas condena las injusticias y las violencias, pero insiste más que aquél en la infidelidad religiosa: en Betel, Yahvé es objeto de culto idolátrico, se le asocia a Baal y Ainicioé en el culto licencioso de los altos (colinas). Oseas protesta contra el título de baal, en el sentido de «Señor», que se daba a Yahvé, 2 18, y reclama para el Dios de Israel la acción bienhechora que se trataba de atribuir a Baal, dios de la fertilidad, 2 7.10; Yahvé es un Dios celoso, que no quiere compartir con nadie el corazón de sus fieles: «Porque yo quiero amor, no sacrificio, conocimiento de Dios mejor que holocaustos», 6 6. El castigo es, pues, inevitable; sin embargo, Dios no castiga más que para salvar. Israel, despojado y humillado, se acordará del tiempo en que era fiel, y Yahvé acogerá a su pueblo arrepentido, que gozará de dicha y de paz.

Tras haber querido cercenar del libro todo anuncio de felicidad y todo lo concerniente a Judá, la crítica vuelve a juicios más moderados. No hacer de Oseas más que un profeta de la desdicha sería falsear todo su mensaje, y es natural que su mirada se haya extendido al vecino reino de Judá. Se debe admitir, sin embargo, que el repertorio de los oráculos de Oseas, recogido en Israel, fue coleccionado en Judá, donde se hicieron dos o tres revisiones. Las huellas de este trabajo de edición se hallan en el título, 1 1, y en algunos pasajes, por ejemplo, 1 7; 5 5; 6 11; 12 3. El versículo final, 14 10, es la reflexión de un sabio de la época exílica o postexílica sobre la enseñanza principal del libro y sobre su profundidad. Crece para nosotros la dificultad de su interpretación a causa del estado deplorable del texto hebreo, que es uno de los más corrompidos del Antiguo Testamento.

El libro de Oseas tuvo profundas resonancias en el Antiguo Testamento, y encontramos su eco en los profetas siguientes, cuando exhortan a una religión del corazón, inspirada por el amor de Dios. Jeremías recibió de él una profunda influencia. No tiene por qué extrañarnos que el Nuevo Testamento cite a Oseas o se inspire en él con cierta frecuencia. La imagen matrimonial de las relaciones entre Yahvé y su pueblo la han repetido Jeremías, Ezequiel y la segunda parte de Isaías. El Nuevo Testamento y la comunidad nacida de él la han aplicado a las relaciones entre Jesús y su Iglesia. Los místicos cristianos la han extendido a todas las almas fieles.

Miqueas.

El profeta Miqueas (a quien no debe confundirse con Miqueas Ben Yimlá, que vivió en el reinado de Ajab, 1 R 22) era de Judá, originario de Moréset, al oeste de Hebrón. Actuó en los reinados de Ajaz y Ezequías, es decir, antes y después de la toma de Samaria el 721, y quizá hasta la invasión de Senaquerib el 701. Fue, pues, en parte contemporáneo de Oseas y, por más tiempo, de Isaías. Por su origen campesino, se asemeja

a Amós, con quien comparte la aversión por las grandes ciudades, el lenguaje concreto y a veces brutal, el gusto por las imágenes rápidas y los juegos de palabras.

El libro se divide en cuatro partes, donde alternan amenazas y promesas: 1 2 - 3 12, proceso de Israel; 4 1 - 5 14, promesas a Sión; 6 1 - 7 7, nuevo proceso de Israel; 7 8-20, esperanzas. Las promesas a Sión contrastan demasiado violentamente con las amenazas en que se hallan encuadradas, y esta composición equilibrada es un arreglo de los editores del libro. Es difícil determinar la extensión de las modificaciones que ha sufrido en el medio espiritual donde se conservaba el recuerdo del profeta. Se está de acuerdo en reconocer que 7 8-20 se sitúa claramente en la época de la vuelta del Destierro. Éste es también el tiempo donde mejor se situaría el oráculo de 2 12-13, perdido entre amenazas, y los anuncios de 4 6-7; 5 6-7. Por otra parte, 4 1-5 vuelve a encontrarse casi textualmente en Is 2 2-5, y no parece ser original en ninguno de los dos contextos. Pero no hay que tomar pie de estas posibles adiciones para recortar del mensaje auténtico de Miqueas todas las promesas para el futuro. La colección de oráculos de los caps. 4-5 quedó formada durante o después del Destierro, pero contiene piezas auténticas y particularmente no hay razones decisivas para negar a Miqueas el anuncio mesiánico de 5 1-5, que concuerda con la esperanza que Isaías proponía por la misma época, Is 9 1s; 11 1s. Nada sabemos de la vida de Miqueas, ni cómo fue llamado por Yahvé. Pero tenía una conciencia viva de su vocación profética, y por eso, a diferencia de los seudoinspirados, anuncia con seguridad la desdicha, 2 6-11; 3 5-8. Es portador de la palabra de Yahvé, y ésta es ante todo una condena. Yahvé pone pleito a su pueblo, 1 2; 6 1s, y lo encuentra culpable: pecados religiosos sin duda, pero sobre todo pecados morales, y Miqueas fustiga a los ricos acaparadores, a los acreedores despiadados, a los comerciantes fraudulentos, a las familias divididas, a los sacerdotes y a los profetas codiciosos, a los jefes tiranos, a los jueces venales. Es lo contrario de lo que Yahvé exigía: «practicar la equidad, amar la piedad y caminar humildemente con tu Dios», 6 8, fórmula admirable que resume las exigencias espirituales de los profetas y recuerda sobre todo a Oseas. El castigo está decidido: en medio de una catástrofe mundial, 1 3-4, vendrá Yahvé a juzgar y castigar a su pueblo; se anuncia la ruina de Samaria, 1 6-7, la de las ciudades de la Tierra Baja donde vive Miqueas, 1 8-15, y la de la misma Jerusalén, que se convertirá en un montón de escombros, 3 12.

Sin embargo, el profeta conserva una esperanza, 7 7. Vuelve a la doctrina del Resto, esbozada por Amós, y anuncia el nacimiento en Efratá del Rey pacífico que apacentará el rebaño de Yahvé, 5 1-5.

La influencia de Miqueas fue duradera: los contemporáneos de Jeremías conocían y citaban un oráculo contra Jerusalén, Jr 26 18. El Nuevo Testamento ha conservado todo el texto sobre el origen del Mesías en Efratá-Belén, Mt 2 6; Jn 7 42.

Sofonías.

Según el título de su librito, Sofonías profetizó en tiempo de Josías, 640-609. Sus ataques contra las costumbres extranjeras, 1 8, y los cultos de los falsos dioses, 1 4-5, sus censuras a los ministros, 1 8, y su silencio respecto del rey indican que predicó antes de la reforma religiosa y durante la minoría de Josías, entre el 640 y el 630, o sea, inmediatamente antes de que comenzara el ministerio de Jeremías. Judá, privada por Senaquerib de una parte de su territorio, vivió bajo la dominación asiria, y los reinados impíos de Manasés y de Amón favorecieron el desorden religioso. Pero el debilitamiento de Asiria suscitó en este tiempo la esperanza de una restauración nacional que iría acompañada de una reforma religiosa.

El libro se divide en cuatro breves secciones: el Día de Yahvé, 1 2 - 2 3; contra las naciones, 2 4-15; contra Jerusalén, 3 1-8; promesas, 3 9-20. Se ha querido eliminar sin razón suficiente algunos oráculos contra las naciones y todas las promesas de la última sección; como todas las colecciones proféticas, la de Sofonías ha recibido retoques y adiciones, pero son poco numerosos; especialmente los anuncios de la conversión de los paganos, 2 11 y 3 9-10, extraños al contexto, se inspiran en el Segundo Isaías; se discute mucho la autenticidad de los pequeños salmos 3 14-15 y 16-18^a y se acepta la fecha del tiempo del Destierro para los últimos versículos, 3 18^b-20.

El mensaje de Sofonías se resume en un anuncio del Día de Yahvé (ver Amós), una catástrofe que alcanzará a las naciones tanto como a Judá. A ésta se le condena por sus culpas religiosas y morales, inspiradas por el orgullo y la rebeldía, 3 1.11. Sofonías posee del pecado una noción profunda que anuncia la de Jeremías: es un atentado personal contra el Dios vivo. El castigo de las naciones es una advertencia, 3 7, que debería llevar al pueblo a la obediencia y a la humildad, 2 3, y la salvación sólo se promete a un «resto» humilde y modesto, 3 12-13. El mesianismo de Sofonías se reduce a este horizonte, ciertamente limitado, pero que descubre el contenido espiritual de las promesas.

El opúsculo de Sofonías tuvo una influencia limitada y sólo una vez es utilizado en el Nuevo Testamento, Mt 13 41. Pero la descripción del Día de Yahvé, 1 14-18, inspiró la de Joel y deparó a la Edad Media el comienzo del Dies irae.

Nahúm.

El libro de Nahúm comienza con un salmo sobre la Cólera de Yahvé contra los malvados y con sentencias

proféticas que contraponen el castigo de Asur y la salvación de Judá, 1 2 - 2 3, pero el tema principal indicado por el título es la ruina de Nínive, anunciada y descrita con un poder de evocación que hace de Nahúm uno de los grandes poetas de Israel, 2 4 - 3 19. No hay razón para negarle el salmo y los oráculos del comienzo, que forman una buena introducción a este terrible cuadro.

Se ha sostenido, aunque sin pruebas suficientes, que esta introducción (o todo el libro) tenía origen cultural o, al menos, había sido empleado en la liturgia del Templo.

La profecía es algo anterior a la conquista de Nínive el 612. Se siente vibrar aquí toda la pasión de Israel contra el enemigo hereditario, el pueblo de Asur; se oye cantar a las esperanzas que despierta su caída. Mas, a través de este nacionalismo violento, que no vishumbra aún el Evangelio, ni siquiera el universalismo de la segunda parte de Isaías, se expresa un ideal de justicia y de fe: la ruina de Nínive es un juicio de Dios que castiga al enemigo del plan divino, 1 11; 2 1, al opresor de Israel, 1 12-13, y de todos los pueblos, 3 1-7.

El opúsculo de Nahúm parece que alimentó las esperanzas humanas de Israel hacia el 612, pero la alegría fue breve, y la ruina de Jerusalén siguió de cerca a la de Nínive. Entonces se amplió y ahondó el sentido del mensaje, e Is 52 7 repite la imagen de Na 2 1 para describir la llegada de la salvación. En Qumrán se han encontrado los fragmentos de un comentario de Nahúm que aplicaba arbitrariamente las expresiones del profeta a los enemigos de la comunidad.

Habacuc.

El corto libro de Habacuc está compuesto con mucho cuidado. Se inicia con un diálogo entre el profeta y su Dios: a dos quejas del profeta responden dos oráculos divinos, 1 2 - 2 4. El segundo oráculo fulmina cinco imprecaciones contra el opresor inicuo, 2 5 - 20. Luego, el poeta canta en un salmo el triunfo final de Dios, 3. Se ha impugnado la autenticidad de este último capítulo, pero sin él la composición quedaría incompleta. Las indicaciones musicales que lo enmarcan y puntúan quieren decir únicamente que el salmo sirvió para la liturgia. Es dudoso que haya de extenderse este uso cultural a todo el libro; su estilo se explica suficientemente como imitación de piezas litúrgicas. Lo que no basta para hacer de Habacuc un profeta cultural, un miembro del personal de Templo. El comentario de Habacuc que procede de Qumrán sólo se extiende al cap. 2, pero esto nada quiere decir contra la autenticidad del cap. 3.

Se discuten las circunstancias de la profecía y la identificación del opresor. Se ha pensado en los asirios o en los caldeos, y hasta en el rey de Judá, Joaquín. Esta última hipótesis no se puede sostener; las otras dos se apoyan en buenos argumentos. Si se acepta que

OSEAS

los opresores representan a los asirios, contra ellos sin duda suscita Yahvé a los caldeos, 1 5-11, y la profecía se situaría antes de la caída de Nínive el 612. Se puede también admitir que los opresores son del principio al fin los caldeos, mencionados en 1 6. Ellos han sido los instrumentos de Dios para castigar a su pueblo, pero a su vez serán castigados por su inicuca violencia, porque Yahvé ha salido a hacer la guerra para salvar a su pueblo, y el profeta espera esta intervención divina con una angustia que finalmente se trueca en alegría. Si esta interpretación es válida, habría que fechar el libro entre la batalla de Carquemis (605 a.C.), que dio a Nabucodonosor el Próximo Oriente, y el primer asedio de Jerusalén el 597. Así, Habacuc sería muy poco posterior a Nahúm y, como él, contemporáneo de Jeremías.

Dentro de la doctrina de los profetas, Habacuc aporta una nota nueva: se atreve a pedir a Dios cuenta de su gobierno del mundo. Ciertamente Judá ha pecado, pero ¿por qué Dios, que es santo, 1 12, que tiene ojos demasiado puros para ver el mal, 1 13, escoge a los caldeos bárbaros para ejercer su venganza?; ¿por qué ha de castigar al malvado otro peor que él?; ¿por qué parece que Dios ayuda al triunfo de la fuerza injusta? Es el problema del Mal, planteado en el plano de las naciones, y el escándalo de Habacuc es también el de muchas almas modernas. A él y a ellas se dirige la respuesta divina: por caminos paradójicos, el Dios omnipotente prepara la victoria final del derecho, y «el justo por su fidelidad vivirá», 2 4, perla de este librito que San Pablo engarzarán en su doctrina de la fe, Rm 1 17; Ga 3 11; Hb 10 38.

Ageo.

Con Ageo comienza el último período profético, el posterior al Destierro. Aparece aquí un cambio llamativo: antes del Destierro el santo y seña de los profetas había sido el Castigo; durante el Destierro se había convertido en Consolación, y ahora es Restauración. Ageo llega en un momento decisivo para la formación del Judaísmo: el nacimiento de la nueva comunidad de Palestina. Sus breves exhortaciones están fechadas con exactitud a finales de agosto o mediados de diciembre del 520. Los primeros judíos vueltos de Babilonia para reconstruir el Templo se desanimaron en seguida. Pero los profetas Ageo y Zacarías reavivaron las energías e indujeron al gobernador Zorobabel y al sumo sacerdote Josué a proseguir los trabajos del Templo, lo que se hizo en septiembre del 520, 1 15, ver Esd 5 1.

Este es el objetivo de los cuatro breves sermones que componen el libro: Dios ha echado a perder los frutos de la tierra porque el Templo sigue en ruinas, pero su reconstrucción traerá una era de prosperidad; a pesar de su modesta apariencia, este nuevo Templo eclipsará la gloria del antiguo, y se promete el poderío a Zorobabel, el elegido de Yahvé.

Se presenta la construcción del Templo como condición de la venida de Yahvé y del establecimiento de su reino; va a inaugurarse la era de la salvación escatológica. Así se cristaliza en torno al santuario y al descendiente de David la esperanza mesiánica que Zacarías va a expresar con más claridad.

Zacarías.

El libro de Zacarías se compone de dos partes muy distintas: 1-8 y 9-14. Tras una introducción, fechada en octubre-noviembre del 520, dos meses después de la primera profecía de Ageo, el libro refiere ocho visiones del profeta que comienzan en febrero del 519, 1 7 - 6 8, seguidas de la coronación simbólica de Zorobabel (los escribas introdujeron el nombre del sumo sacerdote Josué cuando se desvanecieron las esperanzas puestas en Zorobabel y el sacerdocio retuvo todo el poder), 6 9-14. El cap. 7 es una ojeada retrospectiva al pasado nacional, y el cap. 8 abre perspectivas de salvación mesiánica, ambos a propósito de un problema sobre el ayuno, planteado en noviembre del 518.

Este conjunto bien fechado y de pensamiento homogéneo es ciertamente auténtico; lleva, sin embargo, las huellas de una revisión, hecha por el profeta mismo o por sus discípulos. Por ejemplo, los anuncios universalistas de 8 20-23 han sido añadidos después de 8 18-19, que constituye una conclusión.

Zacarías se preocupa, como Ageo, de la reconstrucción del Templo, se extiende más que él al hablar de la restauración nacional y de sus exigencias de pureza y moralidad, y la espera escatológica resulta en él más apremiante. Esta restauración ha de dar paso a una era mesiánica en que el sacerdocio representado por Josué será exaltado, 3 1-7, pero en el que la realeza será ejercida por el «Germen», 3 8, término mesiánico que 6 12 aplica a Zorobabel. Los dos Ungidos, 4 14, gobernarán en perfecta armonía, 6 13. Así, Zacarías resucita la vieja idea del mesianismo real, pero la asocia a las preocupaciones sacerdotales de Ezequiel, cuya influencia se advierte en muchos puntos: papel preponderante de las visiones, tendencia apocalíptica y afán de pureza. Los mismos rasgos y la importancia que se concede a los ángeles son un anticipo de Daniel.

La segunda parte, 9-14, que por lo demás comienza con un título nuevo, 9 1, es del todo diferente. Las piezas no tienen fecha y son anónimas. Ya no se habla de Zacarías ni de Josué ni de Zorobabel ni de la construcción del Templo. El estilo es diferente y utiliza con frecuencia los libros anteriores, sobre todo Jeremías y Ezequiel. El horizonte histórico ya no es el mismo: Asur y Egipto vienen a ser nombres simbólicos de todos los opresores.

Estos capítulos han sido compuestos con gran probabilidad en los últimos decenios del siglo IV a.C., después de la conquista de Alejandro. A pesar de los esfuerzos últimamente renovados para probar su unidad, debemos admitir que son heterogéneos. Se

distinguen dos secciones, introducidas cada una de ellas por un título, **9-11** y **12-14**; la primera está casi en su totalidad en verso, la segunda casi enteramente en prosa. Se habla de un Deutero-Zacarías y de un Trito-Zacarías. En realidad se trata de dos composiciones que también por su parte son heterogéneas. La primera se vale al parecer de antiguos trozos poéticos, preexílicos, y se refiere a sucesos históricos difíciles de precisar (la aplicación de **9 1-8** a la conquista de Alejandro parece la más probable). La segunda parte, **12-14**, describe con terminología apocalíptica las pruebas y las glorias de la Jerusalén de los últimos tiempos. Pero la escatología tampoco está ausente de la primera parte y algunos temas se encuentran en las dos secciones, por ejemplo, el de los «pastores» del pueblo, **10 2-3**; **11 4-14**; **13 7-9**.

Esta parte del libro es importante sobre todo por su doctrina mesiánica, poco unificada por lo demás: resurgimiento de la Casa de David, **12** *passim*, espera de un Mesías humilde y manso, **9 9-10**, pero anuncio misterioso del Traspasado, **12 10**, teocracia guerrera, **10 3 - 11 3**, pero también cultural al estilo de Ezequiel, **14**. Estos rasgos se armonizarán en la persona de Cristo, y el Nuevo Testamento cita con frecuencia estos capítulos de Zacarías o al menos alude a ellos, por ejemplo Mt **21 4-5**; **27 9** (combinado con Jeremías); **26 31 = Mc 14 27**; Jn **19 37**.

Malaquías.

El libro llamado de «Malaquías» era probablemente anónimo, porque este nombre significa «mi mensajero» y parece deducido de **3 1**. Se compone de seis trozos contruidos conforme a un mismo tipo: Yahvé, o su profeta, emite una afirmación que es discutida por el pueblo o por los sacerdotes, y que es desarrollada en un discurso, en el que van a la par amenazas y promesas de salvación. Hay dos grandes temas: las faltas culturales de los sacerdotes y también de los fieles, **1 6 - 2 9** y **3 6-12**, el escándalo de los matrimonios mixtos y de los divorcios, **2 10-16**. El profeta anuncia el Día de Yahvé, que purificará a los miembros del sacerdocio, devorará a los malvados y asegurará el triunfo de los justos, **3 1-5.13-21**. El pasaje **3 22-24** es un añadido, quizá también **2 11^b-13^a**. El contenido del libro permite determinar su fecha: es posterior al restablecimiento del culto en el Templo reconstruido (515 a.C.) y anterior a la prohibición de los matrimonios mixtos bajo Nehemías (año 445), bastante próximo a esta última fecha. El impulso que Ageo y Zacarías habían dado se ha roto, y la comunidad flojea. Inspirándose en el Deuteronomio, y también en Ezequiel, el profeta afirma que no es posible burlarse de Dios, que exige de su pueblo religión interior y pureza. Espera la venida del Ángel de la Alianza, preparada por un enviado misterioso, **3 1**, en el que Mt **11 10**, ver Lc **7 27** y Mc **1 2**, ha

reconocido a Juan el Bautista, el Precursor. Esta era mesiánica contemplará el restablecimiento del orden moral, **3 5**, y del orden cultural, **3 4**, que culminará en el sacrificio perfecto ofrecido a Dios por todas las naciones, **1 11**.

Abdías.

Es el más corto de los «libros» proféticos (21 versículos), y con todo plantea numerosos problemas a los exegetas, que discuten acerca de su unidad y de su género literario, y que oscilan situándolo entre el siglo IX a.C. y la época griega. La situación se complica por el hecho de que casi la mitad, vv. 2-9, se encuentra equivalentemente en Jr **49 7-22**, pero en un orden distinto y como adiciones a un oráculo cuyo mismo origen jeremiano es discutido. La profecía de Abdías se desenvuelve en dos planos: el castigo de Edom, anunciado en varios pequeños oráculos, **1^b-14**, con **15^b** como conclusión; el Día de Yahvé, cuando Israel tomará su desquite de Edom, **15^a+16-18**, con la conclusión: «ha hablado Yahvé». Las promesas escatológicas de los vv. 19-21 son adicionales. El fragmento se asemeja a las maldiciones contra Edom que hallamos a partir del 587 en Sal **137 7**; Lm **4 21-22**; Ez **25 12s**; **35 1s**; Ml **1 2s** y Jr **49 7s**, ya citado: los edomitas se habían aprovechado de la ruina de Jerusalén para invadir la Judea meridional. El recuerdo de estos acontecimientos seguía aún muy vivo, y parece que la composición de la profecía se hizo en Judá antes de la vuelta del Destierro. No hay por qué relegarla a fecha posterior y atribuir a otro autor el pasaje sobre el Día de Yahvé; únicamente la adición de los últimos versículos podría ser postexílica.

Es un grito apasionado de venganza, cuyo espíritu nacionalista contrasta con el universalismo de la segunda parte de Isaías, por ejemplo. Pero el trozo exalta también la justicia terrible y el poder de Yahvé, que obra como defensor del derecho, y no hay que aislarlo de todo el movimiento profético, del que no representa más que un momento pasajero.

Joel.

El libro de Joel se divide por sí solo en dos partes. En la primera, una invasión de langosta que causa estragos en Judá provoca una liturgia de duelo y de súplica; Yahvé responde prometiendo el fin de la plaga y la vuelta de la abundancia, **1 2 - 2 27**. La segunda parte describe en estilo apocalíptico el juicio de las naciones y la victoria definitiva de Yahvé y de Israel, **3-4**. La unidad entre las dos partes queda asegurada por la referencia al Día de Yahvé, que es propiamente el tema de los caps. **3-4**, pero que ya aparece en **1 15**; **2 1-2.10-11**. Las langostas son el ejército de Yahvé, lanzado para ejecutar su juicio, un Día de Yahvé del que puede uno librarse por la penitencia y la oración; el azote viene a ser el tipo del solemne juicio final, el

OSEAS

Día de Yahvé, que abrirá los tiempos escatológicos. No hay razones para distinguir dos autores ni dos épocas de composición. Todavía recientemente se ha defendido una fecha hacia finales de la época monárquica. La mayoría de los exegetas se inclina por el período postexílico, con los siguientes argumentos: la ausencia de referencia a un rey, las alusiones al Destierro, pero también al Templo reconstruido, las relaciones con el Deuteronomio y los profetas posteriores, Ezequiel, Sofonías, Malaquías, Abdías, citado en 3 5. El libro pudo haber sido compuesto hacia el año 400 a.C.

Sus vínculos con el culto son evidentes. Los caps. 1-2 presentan rasgos de una liturgia penitencial, que concluye con la promesa profética del perdón divino. En consecuencia, se ha considerado a Joel como profeta cultural, adscrito al servicio del Templo. Sin embargo, estos rasgos pueden explicarse por la imitación literaria de formas litúrgicas. El librito no es la reseña de una predicación en el Templo, sino una composición escrita, hecha para ser leída. Nos hallamos al final de la corriente profética.

La efusión del espíritu profético sobre todo el pueblo de Dios en la era escatológica, 3 1-5, responde a los deseos de Moisés en Nm 11 29. El Nuevo Testamento considera que el anuncio se ha cumplido con la venida del Espíritu sobre los Apóstoles de Cristo, y San Pedro citará todo este pasaje, Hch 2 16-21: Joel es el profeta de Pentecostés. Es también el profeta de la penitencia, y sus invitaciones al ayuno ya la oración, tomadas de las ceremonias del Templo o redactadas según el modelo de éstas, entrarán con naturalidad en la liturgia cristiana de Cuaresma.

Jonás.

Este opúsculo difiere del resto de los libros proféticos. Se trata de una simple narración: cuenta la historia de un profeta desobediente que primero quiere sustraerse a su misión y que luego se queja a Dios del éxito inesperado de su predicación. El héroe a quien se atribuye esta aventura un tanto extraña es un profeta contemporáneo de Jeroboán II, mencionado en 2 R 14 25. Pero el opúsculo no se presenta como obra suya, y en efecto no puede serlo. La «gran ciudad» de Nínive, destruida el 612, ya no es más que un lejano recuerdo, el pensamiento y la expresión deben mucho a los libros de Jeremías y Ezequiel, y el lenguaje es posterior. Todo invita a situar la composición después del Destierro, en el curso del siglo V. El salmo, 2 3-10, que pertenece a un género literario diferente y que no guarda relación alguna con la situación concreta de Jonás ni con la enseñanza del libro, es muy probablemente una interpolación.

Esta fecha tan posterior debe ponernos ya en guardia contra una interpretación histórica. Ésta queda descartada también por otros argumentos: Dios puede trocar los corazones, pero la súbita conversión del rey

de Nínive y de todo su pueblo al Dios de Israel habría dejado huellas en los documentos asirios y en la Biblia. Dios es también señor de las leyes de la naturaleza, pero los prodigios se acumulan aquí a modo de «jugarretas» que Dios hace al profeta: la súbita tempestad, Jonás designado por la suerte, el pez monstruoso, el ricino que crece en una noche y se seca en una hora; y todo ello referido con una ironía sin rebozo, muy ajena al estilo histórico.

El libro se propone agradar y también instruir: es un escrito didáctico, y su enseñanza señala una de las cumbres del Antiguo Testamento. Rompiendo con una interpretación estrecha de las profecías, afirma que las amenazas, aun las más categóricas, son expresión de una voluntad misericordiosa de Dios, que sólo espera alguna muestra de arrepentimiento para conceder su perdón. El oráculo de Jonás no se cumple, pero es porque en efecto los decretos de destrucción son siempre condicionales. Lo que Dios quiere es la conversión, y, por lo mismo, la misión del profeta ha sido un éxito completo, ver Jr 18 7-8.

Rompiendo con el particularismo en el que se veía tentada a encerrarse la comunidad postexílica, predica un universalismo extraordinariamente abierto. En esta historia todo el mundo es simpático: los marinos paganos del naufragio, el rey, los habitantes y hasta los animales de Nínive; todo el mundo, excepto el único israelita que entra en escena, ¡y éste es un profeta, Jonás! Dios será indulgente con su profeta rebelde, pero, sobre todo, su misericordia se extiende aun al enemigo más vilipendiado de Israel.

Estamos a un paso del Nuevo Testamento: Dios no es solamente el Dios de los judíos; es también el Dios de los paganos, porque no hay más que un solo Dios, Rm 3 29. En Mt 12 41 y Lc 11 29-32; nuestro Señor pondrá como ejemplo la conversión de los ninivitas, y Mt 12 40 verá en Jonás, encerrado en el vientre del monstruo, la figura de la permanencia de Cristo en el sepulcro. Este empleo de la historia de Jonás no debe invocarse como prueba de su historicidad: Jesús utiliza este apólogo del Antiguo Testamento como los predicadores cristianos utilizan las parábolas del Nuevo; se trata del mismo afán de enseñar por medio de imágenes familiares a los oyentes, sin emitir ningún juicio sobre la realidad de los hechos.

LIBRO DE OSEAS

Título.

1 ¹ En tiempo de Ozías, Jotán, Ajaz y Ezequías, reyes de Judá, y en tiempo de Jeroboán, hijo de Joás, rey de Israel, fue dirigida la palabra de Yahvé a Oseas, hijo de Beerí.

I. Matrimonio de Oseas y su valor simbólico

Matrimonio e hijos de Oseas.

² Comienzo de las palabras de Yahvé, transmitidas por medio de Oseas.

Dijo Yahvé a Oseas: «Anda, toma para ti una mujer dada a la prostitución e hijos de prostitución, porque el país se está prostituyendo completamente, apartándose de Yahvé.»

³ Oseas tomó a Gómer, hija de Dibláin, que concibió y le dio a luz un hijo. ⁴ Yahvé le dijo: «Ponle por nombre Yizreel, porque dentro de poco voy a castigar a la casa de Jehú por la sangre derramada en Yizreel, y pondré fin al reinado de la casa de Israel. ⁵ Aquel día romperé el arco de Israel en el valle de Yizreel.»

⁶ Concibió ella de nuevo y dio a luz una hija. Yahvé dijo a Oseas: «Ponle por nombre 'No-compadecida', porque ya no me compadeceré de la casa de Israel, soportándoles todavía. (⁷ Pero me compadeceré de la casa de Judá y los salvaré por Yahvé su Dios. No los salvaré con arco ni espada ni guerra, ni con caballos ni jinetes.)»

⁸ Después de destetar a «No-compadecida», concibió y dio a luz un hijo. ⁹ Dijo Yahvé: «Ponle por nombre 'No-mi-pueblo', porque vosotros no sois mi pueblo, y yo no existo para vosotros.»

Perspectivas del futuro.

2 ¹ El número de los hijos de Israel será como la arena del mar, que ni se mide ni se cuenta.

Y en aquel mismo lugar donde se les decía «No-mi-pueblo», se les dirá: «Hijos-de-Dios-vivo.»

² Se juntarán los hijos de Judá y los hijos de Israel en uno; se nombrarán un solo jefe y desbordarán de la tierra, porque será grande el día de Yizreel.

³ Decid a vuestros hermanos: «Mi-pueblo», y a vuestras hermanas: «Compadecida».

Yahvé y su esposa infiel.

⁴ ¡Pleitead con vuestra madre, pleitead, porque ella ya no es mi mujer,

y yo no soy su marido!
 ¡Que quite de su rostro sus prostituciones, que retire de sus pechos sus adulterios,
⁵ no sea que yo la desnude del todo y la deje como el día en que nació, la convierta en desierto, la reduzca a tierra árida y la haga morir de sed!

⁶ No me compadeceré de sus hijos, porque son hijos de prostitución.

⁷ Pues su madre se ha prostituido, se ha deshonrado la que los concibió, cuando decía:

«Me iré detrás de mis amantes, los que me dan mi pan y mi agua, mi lana y mi lino, mi aceite y mis bebidas.»

⁸ Por eso, yo cerraré su camino con espinos, la cercaré con seto y ya no encontrará sus senderos;

⁹ perseguirá a sus amantes, pero no les dará alcance; los buscará, pero no los hallará.

Para que diga:

«Volveré a mi primer marido, cuando me iba mejor que ahora.»

¹⁰ Pero ella no sabía que era yo quien le daba el trigo, el mosto y el aceite virgen.

¡Yo le multiplicaba la plata, y el oro lo empleaban en Baal!

¹¹ Por eso, volveré a tomar mi trigo a su tiempo

y mi mosto en su estación; retiraré mi lana y mi lino con que cubría su desnudez.

¹² Y ahora descubriré sus vergüenzas ante los ojos de sus amantes, y nadie la libraré de mi mano.

¹³ Acallaré todo su alborozo, sus fiestas, novilunios y sábados, y todas sus solemnidades.

¹⁴ Arrasaré sus viñedos e higueras, éstos de los que decía:

«Ellos son mi salario, lo que me han dado mis amantes»; los convertiré en matorral y los devorará la bestia del campo.

¹⁵ La visitaré por los días de los Baales, cuando suele quemarles incienso.

Adornada con su anillo y su collar, se fue detrás de sus amantes, olvidándose de mí —oráculo de Yahvé—.

OSEAS

¹⁶ Por eso voy a seducirla:
voy a llevarla al desierto
y le hablaré al corazón.
¹⁷ Allí le daré sus viñas,
convertiré el valle de Acor
en puerta de esperanza;
y ella responderá allí
como en los días de su juventud,
como cuando subió del país de Egipto.
¹⁸ Aquel día —oráculo de Yahvé—
ella me llamará «Marido mío»;
ya no me llamará «Baal mío.»
¹⁹ Retiraré de su boca
los nombres de los Baales,
que nunca más volverá a invocar.
²⁰ Aquel día
sellaré un pacto en su favor
con las bestias del campo,
las aves del cielo y los reptiles del suelo;
quebraré y alejaré de esta tierra
el arco, la espada y la guerra,
y los haré reposar en seguro.
²¹ Te haré mi esposa para siempre;
te desposaré en justicia y en derecho,
en amor y en compasión;
²² te desposaré en fidelidad,
y tú conocerás a Yahvé.
²³ Aquel día yo responderé
—oráculo de Yahvé—,
responderé a los cielos,
y ellos responderán a la tierra;
²⁴ la tierra responderá al trigo,
al mosto y al aceite virgen,
y ellos responderán a Yizreel.
²⁵ Me la sembraré en la tierra,
compadecido de «No-compadecida»,
y diré a «No-mi-pueblo»:
Tú eres «Mi pueblo»,
y él responderá: «¡Dios mío!»

Oseas vuelve a tomar a la esposa infiel y la pone a prueba.

Explicación del símbolo.

3 ¹ Yahvé me dijo: «Dispónte de nuevo a amar a una mujer que ama a otro y comete adulterio. Así ama Yahvé a los hijos de Israel, mientras ellos se vuelven a otros dioses y gustan de las tortas de uva.» ² Yo la adquiriré por quince siclos de plata y carga y media de cebada. ³ Y le dije: «Vivirás conmigo mucho tiempo sin prostituirte ni ser de ningún hombre; tampoco yo me uniré a ti.»
⁴ Porque los israelitas se quedarán durante mucho tiempo sin rey ni príncipe, sin sacrificios ni estela, sin efod ni terafim. ⁵ Después volverán los israelitas; buscarán a Yahvé su Dios y a David, su rey, y acudirán con temor a Yahvé y a sus bienes en los días venideros.

II. Crímenes y castigo de Israel

Corrupción general.

4 ¹ Escuchad la palabra de Yahvé,
hijos de Israel,
que Yahvé pone pleito
a los habitantes de esta tierra,
pues no hay fidelidad ni amor,
ni conocimiento de Dios en esta tierra,
² sino perjurio y mentira,
asesinato y robo,
adulterio y violencia,
sangre y más sangre.

³ Por eso, la tierra está en duelo,
y se marchita cuanto en ella habita:
las bestias del campo y las aves;
y hasta los peces desaparecen.

Contra los sacerdotes.

⁴ ¡Que nadie pleitee ni reprenda;
sacerdote, sólo contigo va mi pleito!
⁵ Tropezarás en pleno día,
y de noche tropezará contigo el profeta;
y haré perecer a tu madre.

⁶ Mi pueblo se va muriendo
por falta de conocimiento.
Por haber rechazado el conocimiento,
yo te rechazaré de mi sacerdocio;
por haber olvidado la Ley de tu Dios,
también yo me olvidaré de tus hijos.

⁷ Cuantos más son, más me ofenden;
han cambiado su Gloria por la Ignominia.

⁸ Viven del pecado de mi pueblo
y ansían su culpa.

⁹ Pero al pueblo va a sucederle
lo mismo que al sacerdote:
le tomaré cuenta de sus andanzas
y le pagaré conforme a sus acciones.

¹⁰ Comerán, pero no se saciarán;
se prostituirán, pero no proliferarán,
porque han abandonado a Yahvé
para dedicarse ¹¹ a la prostitución.

El culto de Israel no es más que idolatría y desenfreno.

¡El vino y el mosto
hacen perder el sentido!

¹² Mi pueblo consulta a su madero,
y su palo les instruye;
un espíritu de prostitución los extravía,
se prostituyen y prescinden de su Dios.

¹³ Sacrifican en las cimas de los montes,
quemán incienso en las colinas,
bajo la encina, el chopo o el terebinto,
¡porque es buena su sombra!
Sí, vuestras hijas se prostituyen
y vuestras nueras cometen adulterio,
¹⁴ pero no castigaré a vuestras hijas

porque se prostituyen,
 ni voy a castigar a vuestras nueras
 porque cometen adulterio,
 porque ellos son quienes acuden
 donde esas prostitutas
 y sacrifican con las mujeres
 consagradas a la prostitución.
 ¡Y el pueblo, ignorante, se pierde!

Advertencia a Judá y a Israel.

¹⁵ Si tú, Israel, te prostituyes,
 que no sea culpable Judá.

¡No vayáis a Guilgal,
 no subáis a Bet Avén,
 no juréis «por vida de Yahvé»!

¹⁶ Si Israel se ha desmandado
 como una vaca brava,
 ¿los va a apacentar ahora Yahvé
 como a un cordero en el prado?

¹⁷ Efraín se ha unido a sus ídolos,
 ¡pero déjalo!

¹⁸ Se retiran a sus borracheras,
 se prostituyen más y más,
 prefieren la ignominia a su Prez;

¹⁹ pero el viento los cerrará en sus alas
 y se avergonzarán de sus sacrificios.

Sacerdotes, grandes y rey conducen al pueblo a la ruina.

5 ¹ Escuchad esto, sacerdotes,
 estad atentos, casa de Israel;
 casa real, prestad oído,
 pues el juicio va contra vosotros,
 porque habéis sido un lazo en Mispá
 y una red tendida en el Tabor

² (han ahondado la fosa de Sitín,
 pero yo seré escarmiento de todos ellos).

³ Yo conozco a Efraín,
 e Israel no se me oculta.
 Sí, tú te has prostituido, Efraín;
 te has contaminado, Israel.

⁴ Sus obras no les permiten
 reconciliarse con su Dios,
 pues todos están imbuidos
 de un espíritu de prostitución,
 y no conocen a Yahvé.

⁵ El orgullo de Israel testimonia contra él;
 tropiezan por sus culpas
 Israel y Efraín,
 y con ellos tropieza Judá.

⁶ Con sus ovejas y vacunos
 irán en busca de Yahvé,
 pero no lo encontrarán:
 ¡se ha retirado de ellos!

⁷ Han sido infieles a Yahvé,
 han engendrado hijos bastardos;
 pues ahora el novilunio

les va a devorar sus campos.

La guerra fratricida.

⁸ Tocad el cuerno en Guibeá,
 la trompeta en Ramá,
 dad la alarma en Bet Avén,
 ¡detrás de ti, Benjamín!

⁹ Efraín será una desolación
 el día del castigo;
 en las tribus de Israel
 anuncio una cosa cierta.

¹⁰ Los príncipes de Judá
 son como los que corren los linderos,
 sobre ellos voy a derramar
 como agua mi furor.

¹¹ Está oprimido Efraín,
 quebrantado el derecho,
 porque le gusta ir tras la Vanidad.

¹² Así que voy a ser
 como una polilla para Efraín,
 como carcoma para la casa de Judá.

Inutilidad de las alianzas con extranjeros.

¹³ Efraín ha visto su dolencia
 y Judá su llaga.

Efraín entonces ha acudido a Asiria,
 Judá envía mensajeros al gran rey;
 pero éste no podrá sanaros
 ni curar vuestra llaga.

¹⁴ ¡Yo soy como un león para Efraín,
 un leoncillo para la casa de Judá!
 Yo mismo desgarraré y me iré,
 haré presa y no habrá quien salve.

¹⁵ Voy a volverme a mi refugio,
 hasta que expíen su falta
 y acudan a buscarme.

En su angustia me buscarán.

Vuelta superficial a Yahvé.

6 ¹ «Venid, volvamos a Yahvé;
 él ha desgarrado, pero nos curará;
 él ha herido, pero nos vendará.

² Dentro de dos días nos dará la vida,
 al tercer día nos hará resurgir
 y viviremos en su presencia.

³ Dispongámonos a conocer,
 alcancemos el conocimiento de Yahvé:
 su salida es cierta como la aurora;
 nos llegará como lluvia temprana,
 igual que la lluvia tardía
 que empapa la tierra.»

⁴ ¿Qué voy a hacer contigo, Efraín?
 ¿Qué voy a hacer contigo, Judá?
 ¡Vuestro amor es nube mañanera,
 rocío matinal que se evapora!

⁵ Por eso los he hecho trizas
 por medio de los profetas,
 los he castigado

OSEAS

con las palabras de mi boca;
y mi juicio surgirá como la luz.

⁶ Porque yo quiero amor,
no sacrificio,
conocimiento de Dios
mejor que holocaustos.

Los crímenes pasados y presentes de Israel.

⁷ Pero ellos en Adam
han violado la alianza;
allí me han sido infieles.

⁸ Galaad es ciudad de malhechores,
llena de rastros de sangre.

⁹ Como bandidos emboscados
son la pandilla de sacerdotes:
asesinan por el camino de Siquén,
y cometen infamias.

¹⁰ Algo horrible he visto en Betel:
allí se prostituye Efraín,
se contamina Israel.

¹¹ También para ti, Judá,
hay preparada una cosecha,
cuando yo haga que cambie
la suerte de mi pueblo.

⁷ ¹ Cuando pretendo sanar a Israel,
se descubre la culpa de Efraín
y las maldades de Samaría,
porque practican la mentira;
mientras el ladrón entra dentro,
se despliega la pandilla fuera.

² Y no les da por pensar
que yo recuerdo toda su maldad:
ahora los envuelven sus acciones,
están siempre presentes ante mí.

³ Con su maldad recrean al rey,
con sus mentiras a los príncipes.

⁴ Todos ellos, adúlteros,
son como un horno ardiente,
que el panadero deja de atizar
desde que amasa la pasta
hasta que por fin fermenta.

⁵ En el día de nuestro rey
los príncipes enferman
por los vapores del vino,
¡y aquél tiende la mano a agitadores!

⁶ Cuando acechan con intrigas
su corazón es igual que un horno:
toda la noche duerme su cólera,
pero, al llegar la mañana,
arde con fuego llameante.

⁷ Todos abrasan como un horno,
y devoran a sus propios jueces.
Han caído todos sus reyes,
pero ninguno de ellos me invoca.

Ruina de Israel por acudir a los extranjeros.

⁸ Efraín se mezcla con los pueblos;

Efraín se parece a una torta
a la que no se ha dado vuelta.

⁹ Extranjeros devoran su vigor,
¡y él ni siquiera se entera!

Ya las canas blanquean su cabeza,
¡y él ni siquiera se entera!

¹⁰ (El orgullo de Israel testimonia contra él,
pero no se vuelven a Yahvé su Dios,
ni aun así le buscan).

¹¹ Efraín es como una paloma
ingenua, sin cordura;
llaman a Egipto, acuden a Asiria.

¹² Adondequiera que vayan,
yo echaré mi red sobre ellos;
como ave del cielo los haré caer
y los castigaré por su maldad.

Ingratitud y castigo de Israel.

¹³ ¡Ay de ellos, que se han alejado de mí!

¡Pero que sufran la desgracia
por haberse rebelado contra mí!

Yo los rescataría,
pero ellos mienten sobre mí.

¹⁴ Y no claman a mí de corazón
cuando gimen en sus lechos;
por el trigo y el mosto
se hacen incisiones
y se rebelan contra mí.

¹⁵ Yo robustecí su brazo,
¡pero ellos maquinaron contra mí!

¹⁶ Apuntan al vacío,
son como un arco destensado.
Sus príncipes caerán a espada,
por la virulencia de su lengua:
¡serán motivo de burla en Egipto!

Alarma.

8 ¹ ¡Emboca la trompeta!

Soy como un águila
contra la casa de Yahvé;
porque han quebrantado mi alianza
y han sido rebeldes a mi Ley.

² Ellos me gritan: «¡Dios mío,
los de Israel te reconocemos!»

³ Pero Israel ha rechazado el bien:
¡el enemigo lo perseguirá!

Anarquía política e idolátrica.

⁴ Han entronizado reyes
sin contar conmigo;

han nombrado príncipes
sin mi conocimiento.

Con su plata y su oro
se han fabricado ídolos,
para su perdición.

⁵ ¡Rechaza tu becerro, Samaría!
Mi cólera está ardiendo contra ellos:

¿hasta cuándo no podrán purificarse?

⁶ ¡Es obra de Israel!,
 pues lo ha fabricado un artesano,
 y eso no puede ser Dios.
 Así que quedará hecho trizas
 el becerro de Samaría.

⁷ Si siembran viento,
 cosecharán tempestades:
 tallo que no tenga brote,
 no dará harina;
 y si la da, extranjeros la devorarán.

Ruina de Israel por acudir a los extranjeros.

⁸ ¡Israel ha sido devorado!
 Está ahora entre las naciones
 como objeto indeseado.

⁹ Porque ha subido a Asiria,
 Efraín, ese onagro solitario,
 a comprarse amores;

¹⁰ pues aunque los compre
 en medio de las naciones,
 yo voy a reunirlos ahora,
 y pronto tendrán que soportar
 la carga del rey de príncipes.

Contra el culto meramente exterior.

¹¹ Efraín ha multiplicado
 los altares para pecar,
 pues sólo para pecar
 le han servido los altares.

¹² Aunque le deje escritas
 las excelencias de mi ley,
 las considera algo extraño.

¹³ ¡Ya pueden ofrecer, si quieren,
 sacrificios en mi honor,
 y comerse la carne!
 Yahvé no los acepta;
 recordará sus culpas
 y castigará sus pecados:
 habrán de volver a Egipto.

Contra el lujo de las construcciones.

¹⁴ Olvida Israel a su Hacedor,
 y edifica templos;
 Judá multiplica ciudades fortificadas.
 Pero yo prenderé fuego a sus ciudades,
 que devorará sus palacios.

Triste destierro.

9 ¹ No celebres fiesta, Israel,
 no te alegres como los pueblos,
 pues te has prostituido;
 te has alejado de tu Dios,
 y amas ese salario
 más que las eras de trigo.

² Ni la era ni el lagar los alimentarán,
 y el mosto los dejará corridos.

³ Ya no habitarán en la tierra de Yahvé:
 Efraín volverá a Egipto,
 y en Asiria tendrán que comer
 alimentos impuros.

⁴ No harán a Yahvé libaciones de vino,
 ni sus sacrificios le agradarán:
 serán para ellos como pan de duelo,
 que deja impuro a cuantos lo comen.
 Ese pan es sólo para ellos;
 no entrará en el templo de Yahvé.

⁵ ¿Qué ofreceréis el día de solemnidad,
 el día de la fiesta de Yahvé?

⁶ Vedlos, han huido de la devastación:
 Egipto los reunirá
 y Menfis los sepultará.
 Las ortigas heredarán
 sus tesoros de plata;
 las zarzas invadirán sus tiendas.

El profeta perseguido por anunciar el castigo.

⁷ Han llegado los días del castigo,
 han llegado los días de la retribución.
 ¡Que lo sepa Israel!

—«¡El profeta es un necio,
 un loco el hombre del espíritu!»
 —Por la magnitud de tu culpa,
 por tu enorme hostilidad.

⁸ El vigía de Efraín
 es un profeta junto a mi Dios:
 una trampa de cazador
 en todos sus caminos,
 hostilidad en la Casa de su Dios.

⁹ Han tocado fondo
 en su vida de corrupción,
 como en los días de Guibeá;
 él recordará sus culpas
 y castigará sus pecados.

Castigo del crimen de Baal Peor.

¹⁰ Yo encontré a Israel
 como uvas en el desierto;
 yo vi a vuestros antepasados
 como breva que brota en la higuera.
 Pero al llegar a Baal Peor
 se consagraron a la Infamia,
 y se hicieron tan abominables
 como el objeto de su amor.

¹¹ Efraín es como un pájaro,
 se le vuela su gloria desde el nido,
 desde el seno, desde la concepción.

¹² Y aunque críen a sus hijos,
 yo les privaré de ellos
 antes que se hagan hombres:
 y ¡ay de ellos cuando yo los abandone!

¹³ Efraín, cuando veo a Tiro,
 estaba plantada en la pradera,
 pero Efraín tendrá que sacar

OSEAS

sus hijos al verdugo.

¹⁴ Dales, Yahvé..., ¿qué les darás?

¡Un seno que aborte y pechos resecos!

Castigo del crimen de Guilgal.

¹⁵ Toda su maldad apareció en Guilgal, sí, allí comencé a odiarlos.

Por la maldad de sus acciones, los expulsaré de mi Casa; ya no volveré a amarlos:

todos sus príncipes son rebeldes.

¹⁶ Efraín está herido,

su raíz seca,

ya no darán más fruto.

Aunque den a luz,

haré morir el tesoro de su seno.

¹⁷ Mi Dios los rechazará

porque no le han escuchado,

y andarán errantes entre las naciones.

Destrucción de los emblemas idolátricos de Israel.

10 ¹ Israel era Vid frondosa, acumulaba frutos:

cuanto más fruto producía, más multiplicaba los altares; cuanto mejor era su tierra, mejores estelas construía.

² Su corazón está dividido, pero ahora lo van a pagar; él romperá sus altares, demolerá sus estelas.

³ Entonces dirán: «No tenemos rey, porque no hemos temido a Yahvé, y el rey, ¿qué nos podría hacer?»

⁴ Pronuncian palabras, juramentos falsos, pactan alianzas, y el juicio brota y florece como hierba venenosa en los surcos del campo.

⁵ Tiemblan por el becerro de Bet Avén los habitantes de Samaría; sí, su pueblo hace duelo por él, sus sacerdotes se agitan por él, ¡por su gloria, ya que ha sido deportado!

⁶ Él también será llevado a Asiria, como ofrenda para el gran rey. Efraín soportará el sonrojo e Israel se avergonzará de su plan.

⁷ ¡Se acabó Samaría!

Su rey es como espuma flotando sobre el agua.

⁸ Serán destruidos, demolidos los altozanos de Bet Avén, el pecado de Israel.

Cardos y zarzas cubrirán sus altares.

Entonces dirán a los montes:

«¡Aplastadnos!»

y a las colinas:

«¡Caed sobre nosotros!»

⁹ Israel ha venido pecando desde los días de Guibeá; ¡allí siguen!

No les bastó la batalla de Guibeá contra los hijos de la injusticia.

¹⁰ Voy a castigarlos:

se aliarán pueblos contra ellos, para castigarlos por su doble culpa.

Israel ha defraudado la esperanza de Yahvé.

¹¹ Efraín era una novilla domesticada, le gustaba la trilla; yo uncí su hermoso cuello.

Montaré a Efraín,

Judá abrirá surco,

Jacob destripará terrones.

¹² Sembrad justicia,

cosechad amor,

cultivad lo que es barbecho;

ya es tiempo de buscar a Yahvé, hasta que venga a enseñaros justicia.

¹³ Cultivasteis maldad,

cosecháis iniquidad,

coméis el fruto de la mentira.

Por haber confiado en tus carros, en la multitud de tus soldados,

¹⁴ se alzarán un tumulto

de guerra contra tu pueblo;

todas tus fortalezas serán devastadas, como Salmán devastó Bet Arbel

el día de la batalla,

cuando las madres eran estrelladas contra sus hijos.

¹⁵ Eso os ha conseguido Betel

por vuestra redoblada maldad.

¡Coincidiendo con la aurora

desaparecerá el rey de Israel!

Yahvé va a vengar su amor despreciado.

11 ¹ Cuando Israel era niño, lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo.

² Y cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí:

ofrecían sacrificios a los Baales e incienso a los ídolos.

³ Yo enseñé a caminar a Efraín, tomándole por los brazos, pero no sabían que yo los cuidaba.

⁴ Los atraía con cuerdas humanas, con lazos de amor;

yo era para ellos como las personas que alzan a un niño contra su mejilla;

me inclinaba y le daba de comer.

⁵ Pues volverá al país de Egipto,
 y Asur será su rey,
 porque se han negado a convertirse.

⁶ La espada dejará indefensas
 a sus ciudades,
 aniquilará sus cerrojos,
 y devorará por sus maquinaciones.

Pero el amor triunfará.

⁷ Mi pueblo está acostumbrado
 a apostatar de mí;
 cuando invocan a lo alto,
 nadie los levanta.

⁸ ¿Cómo voy a entregarte, Efraín?,
 ¿cómo dejarte a tu suerte, Israel?
 ¿Voy a entregarte como a Admá,
 y tratarte como a Seboín?
 Mi corazón se convulsiona
 dentro de mí,
 y al mismo tiempo
 se estremecen mis entrañas.

⁹ No daré curso al furor de mi cólera,
 no volveré a destruir a Efraín,
 porque soy Dios, no un hombre;
 el Santo en medio de ti,
 y no es mi deseo aniquilar.

Vuelta del destierro.

¹⁰ Marcharán tras Yahvé,
 y él rugirá como león;
 y cuando ruja, los hijos
 vendrán temblando de occidente:

¹¹ cuando vengan de Egipto,
 temblarán como un pajarillo;
 cuando lleguen de Asiria,
 temblarán como una paloma.
 Y yo los haré habitar en sus casas
 —oráculo de Yahvé—.

Perversión religiosa y política de Israel.

12 ¹ Efraín me ha rodeado de mentira,
 la casa de Israel de engaño.
 (Pero Judá todavía anda con Dios,
 y sigue fiel al Santo.)

² Efraín se apacienta de viento,
 va en busca del Levante todo el día;
 multiplica mentira y pillaje;
 sellan alianza con Asiria
 y llevan aceite a Egipto.

Contra Jacob y Efraín.

³ Yahvé pone pleito a Judá,
 castigará a Jacob por su conducta,
 le retribuirá según sus obras.

⁴ Estando en el seno materno
 suplantó a su hermano,
 y de mayor luchó con Dios.

⁵ Luchó con el ángel y le pudo,

lloró y le suplicó.

En Betel lo encontró
 y allí habló con él.

⁶ Sí, Yahvé Dios Sebaot,
 Yahvé es su título.

⁷ Y tú conviértete a tu Dios:
 observa el amor y el derecho,
 y confía siempre en tu Dios.

⁸ Canaán tiene en su mano
 una balanza trucada,
 le gusta defraudar.

⁹ Efraín dice: «Sí, me he enriquecido,
 he amasado una fortuna.»

¡Pero de todas sus ganancias,
 ninguna encontrará,
 debido a la injusticia
 con la que se ha hecho culpable!

Perspectivas de reconciliación.

¹⁰ Yo soy Yahvé, tu Dios,
 desde el país de Egipto:
 aún te haré morar en tiendas
 como en los días del Encuentro;

¹¹ hablaré a los profetas,
 yo mismo multiplicaré las visiones,
 y hablaré en parábolas
 por medio de los profetas.

Nuevas amenazas.

¹² Si Galaad es iniquidad,
 ellos no son más que mentira.
 En Guilgal sacrificaron toros;
 por eso sus altares serán escombros
 sobre los surcos de los campos.

Contra Jacob y Efraín.

¹³ Huyó Jacob a la campiña de Aram,
 sirvió Israel por una mujer,
 por una mujer guardó rebaños.

¹⁴ También por un profeta
 subió Yahvé a Israel de Egipto,
 y por un profeta fue guardado.

¹⁵ Efraín le ha irritado amargamente:
 sobre él hará recaer su sangre,
 su Señor le pagará su agravio.

Castigo de la idolatría.

13 ¹ Cuando hablaba Efraín,
 cundía el terror;
 se había impuesto en Israel.
 Pero se hizo culpable
 con Baal, y murió.

² Y todavía continúan pecando:
 se han hecho imágenes fundidas con su plata,
 ídolos de su invención:
 ¡todo obra de artesanos!
 ¡Los llaman dioses,

OSEAS

sacrifican hombres,
besan becerros!

³ Por eso, serán como nube mañanera,
como rocío matinal que pasa,
como paja aventada de la era,
como humo por la ventana.

Castigo de la ingratitud.

⁴ Pero yo soy Yahvé, tu Dios,
desde el país de Egipto.

No conoces otro Dios fuera de mí,
ni hay más salvador que yo.

⁵ Yo te conocí en el desierto,
en la tierra ardiente.

⁶ Estando en su pasto se saciaron,
se saciaron y se engrió su corazón,
por eso se olvidaron de mí.

⁷ Pues yo seré para ellos como león,
un leopardo acechando en el camino.

⁸ Caeré sobre ellos
como osa privada de sus crías,
desgarraré el recinto de su corazón,
los devoraré allí mismo como leona,
la bestia del campo los despedazará.

Fin de la dinastía real.

⁹ Cuando te destruyan, Israel,
¿quién te ayudará?

¹⁰ ¿Dónde estará tu rey,
para salvarte en todas tus ciudades,
y tus jueces, de quienes decías:
«Dame rey y príncipes»?

¹¹ Rey te daré en mi cólera,
y te lo quitaré en mi furor.

La ruina inevitable.

¹² Amarrada está la culpa de Efraín,
bien guardado su pecado.

¹³ Le vienen dolores de parturienta,
pero es un hijo torpe,
que no se presenta a tiempo
por donde rompen los hijos.

¹⁴ ¿Voy a librarlos de la garra del Seol,
voy a rescatarlos de la muerte?

¿Dónde están, muerte, tus pestes,
dónde tu contagio, Seol?

La compasión se esconde a mis ojos.

¹⁵ Aunque Efraín dé fruto
en medio de sus hermanos,
soplará el Levante,
se levantará del desierto
el viento de Yahvé,
que secará su manantial
y agotará su fuente;
él arrebatará el tesoro,
todos los objetos preciosos.

14 ¹ Samaría es culpable,
porque se rebeló contra su Dios.

Ellos caerán a espada,
sus niños serán estrellados,
y sus embarazadas abiertas en canal.

III. Conversión de Israel y vuelta a la gracia

Vuelta sincera de Israel a Yahvé.

² Vuelve, Israel, a Yahvé tu Dios,
pues tus culpas te han hecho caer.

³ Preparaos unas palabras,
y volved a Yahvé.

Decidle: «Quita toda culpa;
acepta lo bueno;

y en vez de novillos,
ofrecemos nuestros labios.

⁴ Asiria no nos salvará,
no montaremos a caballo,
y no diremos más 'Dios nuestro'
a la obra de nuestras manos,
oh tú, que te apiadas del huérfano.»

⁵ —Yo sanaré su infidelidad,
los amaré graciosamente,
pues mi cólera se ha apartado de él.

⁶ Seré como rocío para Israel:
florecerá como el lirio

y hundirá sus raíces como el Líbano.

⁷ Sus ramas se desplegarán,
su esplendor será como el del olivo,
y su fragancia como la del Líbano.

⁸ Volverán donde él
los que habitaban a su sombra;

harán que renazca el trigo,
florecerán como la vid,

su fama será igual
que la del vino del Líbano.

⁹ Efraín...

¿qué tengo yo que ver con los ídolos?
Yo respondo y lo protejo;
yo soy como un ciprés siempre verde,
y de mí procede tu fruto.

Amonestación final.

¹⁰ ¿Quién es la persona sabia
capaz de entender estas cosas?,
¿quién el inteligente para conocerlas?:
rectos son los caminos de Yahvé,
y por ellos caminan los justos,
mas los rebeldes en ellos tropiezan.